

**COLOQUIO INTERNACIONAL
SOBRE LA EDUCACION SECUNDARIA JESUITICA
EL MUNDO ES NUESTRA CASA**

Boston, MA
July 31, 2012

PERMANECIENDO FIELES A LA MISION JESUITICA EN NUESTRAS ESCUELAS

Federico Lombardi, S. J.

Prólogo: Diálogo con los astronautas

Uno de los momentos más hermosos e inspiradores que he experimentado, durante mis recientes años de servicio al lado del Santo Padre, fue su conversación con los astronautas.

En mayo del pasado año, la Agencia Europea para el Espacio, me preguntó si era posible establecer una conexión satelital en vivo entre el Papa y los astronautas, a bordo de la Estación Internacional Espacial que orbita la tierra.

Algo similar se había hecho en varias ocasiones en el pasado, cuando astronáuticas de un país específico tuvieron oportunidad de hablar a su primer ministro o presidente, pero esta vez el propósito era más ambicioso.

Fue un momento en el cual la Estación Espacial hospedaba dos tripulaciones que estaban en el relevo mutuo. Eran dos italianos, y por tanto la Agencia Espacial Italiana estaba involucrada, y tuvo la idea de sugerir un diálogo con el Papa. Cuando los otros astronautas se enteraron inmediatamente se interesaron mucho y todos (doce) querían participar: norteamericanos, alemanes... una mujer rusa.

Les ahorro detalles de cómo se estableció el contacto; el hecho de que se retrasara tres veces por razones técnicas, y luego que tuviera que suceder en un momento preciso en que la Estación Espacial cruzaba Europa, etc.; pero al final todo sucedió bien. Los astronautas se organizaron por grupos ordenados, sosteniéndose unos a otros para no flotar por todos lados; el cabello de la mujer estaba suelto y sostenido en el aire, debido a la falta de gravedad, y el Papa los observaba en la pantalla y les hablaba con curiosidad.

En los quince minutos que tuvo disponibles, más que dirigirles una larga charla, el Papa les planteó preguntas muy significativas, y el diálogo entre él y ellos se hizo muy interesante.

Les preguntó cómo veían la tierra desde tan alto y que pensaban del hecho de que existieran tantos conflictos sangrientos; acerca de la posibilidad de la ciencia al servicio de la paz; acerca del futuro de nuestro planeta, tan bello pero tan frágil; acerca de la protección del medio ambiente y la supervivencia de las futuras generaciones; acerca de la importancia de la colaboración internacional para el bien de la humanidad; acerca de la investigación científica y la belleza de explorar el universo; acerca de elevar nuestros ojos a la inmensidad del espacio y admirar su belleza de una manera que se convierte inevitablemente en oración, y (algo fundamental para un educador) acerca de lo que debe

decirse a los jóvenes cuando regresen a tierra. Aquí están algunas de las palabras de los astronautas:

“Podemos mirar abajo y ver nuestro hermoso planeta tierra, que Dios ha creado, y es el planeta más hermoso de todo el sistema solar. Sin embargo, si nos fijamos, podemos ver el resto del universo, y el resto del universo está allá afuera para que lo exploremos. Y la Estación Espacial Internacional es solamente un símbolo, un ejemplo de lo que los seres humanos pueden hacer cuando trabajamos juntos de manera constructiva. Así que uno de nuestros más importantes mensajes es: permitan a los hijos del planeta conocer; los jóvenes del planeta saben que hay todo un universo para que lo exploremos. Y cuando lo hacemos juntos, no hay nada que no podamos lograr.” “Cuando tenemos un momento para mirar hacia abajo, la belleza cautiva nuestro corazón. Y yo oro: oro por mi, por mi familia, por nuestro futuro...”

Antes del vuelo, el Papa le había dado a uno de los astronautas, como un regalo simbólico para llevar al espacio, una medalla con la reproducción del fresco que describe la creación del hombre en el techo de la capilla Sixtina: el dedo de Dios Creador dando vida al hombre, su más magnífica creación... Durante su conversación, el astronauta pasó la medalla de uno a otro, haciéndola mecer suavemente en el aire ante los ojos del Papa.

Muy pocas veces en mi vida he experimentado con tal intensidad las palabras de San Ignacio cuando, al comienzo de nuestra contemplación de la encarnación, en los Ejercicios Espirituales, nos invita a ver cómo Dios mira la redondez de la tierra y lo que hacen los hombres y cómo suceden las cosas allí; entonces cómo decidió enviar a su Hijo para salvar la humanidad.

¡Cuántas cosas terribles suceden entre los hombre en la tierra! ¡Como es de frágil la tierra en manos de los hombres! Y no obstante, cuántas cosas maravillosas pueden suceder en la tierra. Cuántas cosas extraordinarias puede hacer la humanidad si está bien orientada. ¡Que tan alto puede volar el espíritu!

La misión de la Compañía de Jesús

La misión del Hijo de Dios para la humanidad, como fue decidido por la Trinidad contemplando la tierra, acontece de manera que el hombre pueda encontrar el camino correcto en su travesía por el mundo, que pueda entender la razón para la cual fue creado, el significado del hecho de haber sido llamado a la vida, su responsabilidad frente a todo lo creado. San Ignacio habla de guiarnos “al fin en la búsqueda para la cual fimos creados” o (en palabras de la fe) a “ser salvados.”

Esta misión del Hijo de Dios continúa en la vida de la Iglesia y de la Compañía de Jesús: esa misión da significado a nuestra propia misión como educadores, en las escuelas fundadas y dirigidas por la Compañía de Jesús.

En octubre celebraremos con toda la Iglesia el 50^o aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, que debemos considerar como la “brújula” fundamental para vivir en nuestros tiempos, como formulación de la misión de la Iglesia en el mundo moderno.

A la luz de la guía del Concilio, en décadas sucesivas, la Compañía de Jesús ha celebrado cinco Congregaciones Generales (que como saben, son la reunión de representantes de la Compañía de Jesús en todo el mundo), en promedio uno cada diez

años, con el fin de continuar reflexionando y reformulando su misión específica a la luz de los tiempos cambiantes y los contextos culturales diversos.

Fiel a sus orígenes, la misión de la Compañía de Jesús ha sido siempre definida como “servicio a la fe”. Sin embargo, en el tiempo este servicio a la fe se ha enriquecido con nuevas características, y se ha mirado desde perspectivas que nos han permitido interactuar con nuevos problemas.

Así, el servicio a la fe ha tenido que interactuar crecientemente con la secularización del mundo moderno, y se ha visto indisolublemente ligado a la promoción de la justicia del Reino anunciado por Jesús. Esto ha sido influenciado ciertamente por la intensa reflexión de la Iglesia sobre el tema de la justicia en la cual, entre otros, los jesuitas y los teólogos latinoamericanos han sido particularmente activos. La hermanación de la fe y la justicia debe ser alcanzada en el mundo de hoy a través de la inculturación y el diálogo con pueblos de diferentes tradiciones culturales y religiosas. En este contexto, el diálogo inter religioso ha sido fuertemente influenciado por la experiencia de los jesuitas en Asia; los jesuitas han estado reflexionando sobre la inculturación desde el tiempo del Padre Arrupe, y también África ha hecho su contribución específica.

La misión de la Compañía de Jesús no es, entonces, dedicarse a una actividad específica, como es el caso de otras congregaciones religiosas que se fundaron para enseñar, para atender enfermos o para otros fines. Tiene una amplia y abarcante misión que hoy incluye, como elementos fundamentales del servicio a la fe, el compromiso con la justicia y el diálogo con las culturas, tradiciones y experiencias religiosas de los pueblos con los cuales convivimos. Estos factores siempre se presentan juntos, aunque en diferentes “dosis” según la situación en varias partes del mundo.

Nuestra más reciente Congregación General, la treinta y cinco, necesariamente confrontó la misión de la Compañía de Jesús con la rápida transformación del mundo de hoy, en particular con la globalización con todas sus ambigüedades, posibilidades y riesgos; y el progreso tecnológico y científico, particularmente en el campo de las comunicaciones, y sus consecuentes repercusiones en la cultura y en nuestra visión de la persona y de la sociedad humanas.

Con esto en mente, y teniendo en cuenta los conflictos, divisiones y tensiones que afectan a la humanidad, la sociedad y aún al individuo, de muchas maneras diferentes, la Congregación General 35 escogió describir la misión de la Compañía de Jesús como una vocación orientada a la reconciliación; esto es, a establecer una relación justa y reconciliada con Dios, con los demás y con la creación. Así puede establecer un marco amplio que incluya la dimensión religiosa y espiritual del hombre, sus aspectos sociales y relaciones, y su responsabilidad por la creación, el medio ambiente en el cual vive y en el cual deja su huella a través de la historia.

Tres palabras del Papa Benedicto XVI

La misión de la Compañía de Jesús es, por supuesto, parte de la misión de la Iglesia, y la Compañía enfatiza el hecho de que, al llevar a cabo su misión, recibe guía del mismo Papa quien, teniendo una visión panorama y universal del mundo y de la Iglesia, está mejor ubicado para identificar las prioridades para el trabajo de la Compañía. El documento de la última Congregación General también contiene continuas referencias a las palabras del Papa a los jesuitas, respecto a la gran importancia de su servicio a la Iglesia en el mundo de hoy. Creo, entonces, que es natural para nosotros – y mucho más

lo es en vista de mi servicio personal – examinar algunos de los temas principales identificados por el Papa Benedicto XVI cuando habla de la misión en la Iglesia, temas que son muy importantes para nosotros aquí, en esta conferencia.

“Nueva evangelización”. Hace unos días hablaba con un padre jesuita norteamericano que enseña teología en una escuela secundaria aquí en Estados Unidos. Me decía que la mayoría de los estudiantes que toman sus clases no tienen casi conocimientos básicos de nuestra fe cristiana. Sin embargo, a menudo están bien motivados, libres de prejuicios negativos y abiertos a interesantes discusiones, no solamente acerca de la educación y la teoría sino relativos a todos los aspectos de la vida, como por ejemplo momentos para orar y para el examen de conciencia.

Hoy no podemos suponer que existan fundamentos ni una formación cristiana en los jóvenes. Creo que esto es un experiencia cada vez más común en muchas partes del mundo, y que es prevaeciente particularmente en áreas con una larga tradición cristiana donde la secularización hace rápidos avances, donde la fe está ampliamente ausente de la cultura y la comunicación contemporánea, y donde la capacidad de las familias para transmitir la fe se hace cada vez más débil; de hecho la familia misma está en crisis o es inexistente. En otras partes del mundo tenemos que tener en cuenta el hecho de que muchos estudiantes no son católicos o no son cristianos.

En cualquier caso, es cada vez más frecuente que nuestra educación sea un servicio de semillero en el cual sembramos los principios básicos de la fe y de la vida cristiana en jóvenes que no llegan a nosotros ya preparados, o al menos orientados hacia una educación cristiana.

Este es un aspecto de la situación general de la Iglesia en el mundo de hoy. Fue la razón por la cual el Papa Juan Pablo II empezó a hablar acerca de “nueva evangelización”, y Benedicto XVI ha escogido dedicar el próximo Sínodo de Obispos que debe acontecer en Roma en octubre de este año con representantes de todo el mundo, al mismo tema. Como parte del mismo proceso, Benedicto XVI ha convocado también el “año de la fe”, para elevar la conciencia de la Iglesia acerca de la situación actual y para estimular el deseo de anunciar a Cristo a un mundo que tiene tanta necesidad pero no conoce el Evangelio: bien porque ya no es más conocido o porque nunca lo conoció.

Con gran humildad debemos reconocer que la manera con la cual hemos transmitido la fe por mucho tiempo no es efectiva hoy. El lenguaje que usamos ha perdido sentido, y no estamos presentes en los espacios en los que vive la gente joven, se comunica y crece. ...En el libro-entrevista “Luz del mundo” el Papa afirma esto claramente, dando incluso algunos ejemplos. “El hombre moderno no entiende inmediatamente que la sangre de Cristo en la cruz fue derramada en reconciliación por nuestros pecados. Estos conceptos son grandes y verdaderos, pero no encuentran ya un lugar en nuestra FORMA MENTIS, en nuestra imagen del mundo. Ellos deben, por así decirlo, ser traducidos y entendidos de nuevo. Debemos, por ejemplo, entender que el concepto de mal verdaderamente necesita ser reformulado; no puede simplemente ponerlo aparte u olvidarlo. Debe ser reformulado y transformado desde dentro”.

Servir la fe y comprometernos a la “nueva evangelización” es un requerimiento primordial para la misión de la Compañía de Jesús y la Iglesia, uno que no podemos y no debemos evitar.

“Emergencia educativa”. En una serie de charlas acerca del cuidado pastoral en Italia y en la diócesis de Roma, el Papa se refirió a menudo a una “emergencia educativa, confirmada por los fracasos que frecuentemente coronan nuestros esfuerzos para formar individuos íntegros, capaces de colaborar con otros y dando sentido a sus vidas”. A menudo un sentimiento de desconfianza y frustración se expande entre los padres y los educadores cuando ven las dificultades que tienen que enfrentar para alcanzar un buen resultado en la formación de los jóvenes.

Algunas veces la responsabilidad se atribuye a la fragilidad de las nuevas generaciones, algunas veces a la “brecha generacional” que hace problemática la transmisión de los valores. Benedicto XVI anota que “en realidad, no involucra solamente una responsabilidad individual de los adultos y los jóvenes, sino también una visión más extendida: una mentalidad y una forma de cultura que lleva a la gente a dudar del valor de la persona humana, del significado de la verdad y el bien y, en último análisis, a la bondad en sí misma. En tal situación se hace más difícil transmitir cualesquiera valores extendidos y ciertos de una generación a otra: reglas de conducta y metas creíbles con los que las personas puedan construir sus vidas”.

Este es el problema del “relativismo” de nuestra cultura. Enfrentados a esta situación, en la cual a menudo “los cimientos crujen y las certezas esenciales faltan” (una situación que me imagino que todos entienden, dada la influencia global de la cultura secularizada occidental), la importancia vital de una auténtica educación se hace manifiesta, y no una educación que se limite “ella misma a impartir nociones e información mientras ignora las grandes preguntas por la verdad, sobre todo aquella verdad que puede ser guía para la vida”.

Además, la educación debe ayudar a la persona a encontrar un balance entre la libertad y la disciplina, formando el carácter día a día y no negándose a su responsabilidad de identificar reglas de comportamiento y vida, mientras prepara a la persona para enfrentar los desafíos que ciertamente traerá el futuro.” (Carta del Papa a la diócesis y ciudad de Roma sobre la vital importancia de la educación, enero 21 de 2008).

Todos sentimos la necesidad de este género de educación: padres, profesores, sociedad, y los mismos jóvenes que no desean ser abandonados en soledad para afrontar los desafíos de la vida. Esta es la educación que la tradición pedagógica de la Compañía de Jesús ha buscado impartir siempre, y permanece vitalmente importante hoy.

Las anotaciones del Papa Benedicto XVI acerca de la emergencia educativa incluyen un punto interesante que, en mi opinión, es importante si queremos encontrar un balance entre los varios aspectos de la educación. Considera que, para combatir el relativismo y el escepticismo, debemos beber de tres fuentes principales: la naturaleza, la Revelación y la historia. Debemos aprender a entender la naturaleza como creación de Dios, plena de divinas palabras dirigidas a nosotros. No debe ser vista en términos mecánicos, como una gran “máquina”, sino interpretada, entendida y admirada a fin de asegurar que no sea más explotada y devastada. Debe ser cuidada y administrada para el bien de la humanidad, como dijeron los astronautas, en el diálogo con el Papa, al comienzo de mi charla. Pero aún más, debemos aprender a entender nuestra propia cultura e historia religiosa. La Revelación de Dios nos proporciona una guía fundamental que debe ser descubierta y aplicada a las nuevas situaciones que el hombre encuentra siempre en su caminar; nos ayuda a entender humildemente y a apreciar la dignidad y la vocación de la persona humana.

El Papa Benedicto concluye una de sus charlas sobre este tema con una fina definición que resume exactamente lo que es educación: “Educación significa formar nuevas generaciones de modo que conozcan cómo relacionarse con el mundo, fortalecidas con una memoria significativa, por un patrimonio interno compartido de conocimientos reales que, mientras reconocen el fin trascendente de la vida, los guíe en sus emociones y juicios.” (Palabras a la Conferencia Episcopal Italiana, mayo 27 de 2010).

Estas anotaciones nos han introducido ya en el tercer tema que emerge de las palabras del Papa: **fe y razón**. La cultura moderna ha sido profundamente influenciada por la ciencia y las exigencias de la racionalidad. De hecho, el poder de la razón humana, desarrollado a través de la ciencia y la tecnología, ha sido exaltado al punto de crear la ilusión de que la sola razón puede resolver todos los problemas y superar todos los obstáculos, rechazando toda otra fuente de regulación. Es vitalmente necesario ayudar a las personas a entender que la fe cristiana no es en ningún modo adversa a la razón: más bien es su amiga y aliada, bajo la condición de que la razón no se cierre en sí misma excluyendo y marginando la fe.

La razón, si se hace enteramente autónoma, se expone al riesgo de la arrogancia, pierde el sentido de las limitaciones del hombre, de la necesidad de la ética para guiar los comportamientos, de los valores de la solidaridad, la gratuidad y el amor, para asegurar que la coexistencia y el caminar de los pueblos y de la raza humana mantengan un sentido de humanidad y propósito.

En todas las ocasiones importantes en que el Papa se ha dirigido al mundo moderno (tales como la Sociedad Británica en Westminster Hall, el Parlamento Alemán en Berlín, los ambientes culturales y políticos de África en Cotonou, etc., cuando ha suscitado explícitamente el tema de la relación entre la fe de la Iglesia y las grandes preguntas de pueblos y sociedades modernas) Benedicto XVI ha hablado siempre de la complementariedad de la razón y la fe, su necesidad recíproca de una y otra para asegurar un equilibrio total en el andar de la humanidad.

La justicia económica y social requiere también de compromiso por parte de la razón humana, una razón que debe tener el valor de enfrentar la creciente complejidad de los problemas de la globalización, pero que debe también mantenerse consciente de que está limitada, guiada y orientada por la búsqueda de la verdad. De esta manera la razón no se convertirá en instrumento para la búsqueda del poder absoluto, que es siempre un riesgo latente y ha encontrado expresión, por ejemplo, en las tragedias del totalitarismo o la locura por la ganancia que ha llevado a la crisis económica que afecta actualmente a muchos países del mundo.

El diálogo entre la fe y las ciencias humanas y naturales, entre la fe y el arte, entre la fe y la cultura y todas sus expresiones, es uno de los más apremiantes imperativos de nuestro tiempo. Es la continuación necesaria del mensaje del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo de hoy, y ha sido un elemento esencial de la misión de la Compañía de Jesús siempre, desde sus orígenes.

La educación debe presentarse a los jóvenes como una cada vez más profunda búsqueda por la verdad acerca de las cosas, acerca de la coexistencia y la historia humana, acerca de la relación entre cada uno de nosotros y el misterio de Dios. Esta es la fascinante aventura que puede durar toda una vida, y es la educación que debemos buscar alcanzar para responder a las necesidades esenciales de la humanidad.

Permítanme expresar mi propio inmenso y personal respeto por la educación secundaria, la educación a la que ustedes dedican sus vidas. Voy a citar de un famoso discurso dedicado por el Padre Arrupe a sus predecesores en 1980. “Distinta de la educación primaria y de la educación universitaria, la educación secundaria nos dio acceso a las mentes y corazones de los jóvenes, de muchachos y muchachas, en un momento importante en su desarrollo: cuando eran capaces de asimilar coherente y razonablemente los valores humanos iluminados por el cristianismo, pero cuando sus personalidades no habían adquirido mañas difíciles de modificar. Es sobre todo en la educación secundaria que la mentalidad de los jóvenes experimenta la formación sistemática. Consecuentemente, es el tiempo en el cual deben crear una combinación armoniosa entre fe y cultura moderna” (Padre Arrupe, *Nuestros colegios hoy y mañana*, Roma, 1980, no. 2). Esta fue ciertamente mi experiencia personal hace 50 años, cuando mi vocación a la vida religiosa como jesuita apareció como opción de vida. Por tanto, sigo considerando que es una verdad fundamental.

Volviendo a la tradición educativa de la Compañía de Jesús

No creo que tenga que recordarles los documentos relativos a las actividades educativas de la Compañía de Jesús en la educación secundaria; probablemente los conocen ustedes mejor que yo. Ciertamente cuando fui provincial en la década de los 80 recibí con gran alegría el texto: *Características de la Educación Jesuítica*, el cual siento que expresa de manera clara y efectiva la fascinante relación entre la visión del mundo y del hombre de Ignacio, la pedagogía de los Ejercicios Espirituales y la pedagogía que debemos implementar en nuestras instituciones educativas, de acuerdo con nuestra misión.

Sin embargo, me gustaría recordar un número de puntos acerca de nuestra actividad educativa que han sido resaltados por los padres generales, en relación con la puesta al día y la modernización de la misión de la Compañía de Jesús.

Arrupe

El Padre Arrupe dio un gran énfasis al tema de formar gente para el servicio, un servicio en consonancia con el Evangelio. Usó la famosa frase “hombres y mujeres para los demás” para identificar el tipo de persona que pretendemos formar; esto significa formarlos en la fe, pero una fe que obra a través de la caridad y una caridad que se traduce en acciones de justicia y solidaridad. En este enfoque ideal de la persona es fácil ver la traducción del ideal ignaciano del “amar y servir en todas las cosas”, así como aquel aspecto dual de la misión de la Compañía tal como se formuló siguiendo al Concilio: “servicio de la fe y promoción de la justicia”. Todo esfuerzo hacia el éxito académico y la excelencia debe estar claramente guiado, no por el egoísmo y el deseo de imponer su propia personalidad a los demás, sino por el servicio generoso a los demás y a la sociedad.

El Padre Arrupe también resaltaba la necesidad de formar personas “abiertas a su tiempo y al futuro”, personas capaces de afrontar continuamente el cambio y los nuevos desafíos a través de sus vidas, con optimismo y coraje. Por esta razón es vitalmente importante educar personas que evalúen críticamente las novedades y que muestren libertad responsable.

Finalmente, el Padre Arrupe identificó el ideal de la persona “balanceada”. Encuentro este aspecto, de luchar por una integración balanceada, particularmente interesante. “El ideal de nuestros colegios”, dijo, “no es producir pequeños monstruos académicos,

deshumanizados e introvertidos, ni creyentes devotos alérgicos al mundo en el cual viven e incapaces de razonar". Y prosiguió: "Nuestro ideal es cercano al modelo griego, en su versión cristiana; balanceado, sereno y constante, abierto a todo lo que sea humano". El Padre Arrupe también volvió su atención a la relación entre tecnología y humanismo, diciendo: "La misión de nuestros centros de educación es conservar el humanismo, pero sin renunciar al uso de la tecnología". (Padre Arrupe, *Nuestros Colegios hoy y mañana*, 1980, no. 14). Soy de quienes creen que la tradición de la Compañía de Jesús continuamente nos llama a mantener un equilibrio entre, de un lado, la formación académica acorde con los tiempos y, de otro lado, un aprecio y gusto por el humanismo, incluyendo tales aspectos como la historia, el arte, la filosofía y la inspiradora contemplación de la belleza. Si pensamos en figuras como la de Mateo Ricci, que fue tan eminente expresión de constructor de puentes entre dos culturas diferentes, entonces podremos entender como es de vital la formación científica y humanista para la misión de la evangelización en las fronteras más exigentes e importantes de la Iglesia.

Kolvenbach

A pesar de estas iluminadas visiones del Padre Arrupe, no podemos desconocer el hecho de que, por un período considerable de tiempo, muchas personas en la Compañía de Jesús creyeron que nuestras escuelas habían logrado su misión histórica y que los jesuitas deberían mejor dedicarse a otras formas de apostolado. Esta actitud estuvo influenciada por una tendencia global de crítica contra las escuelas, una caída en el número de jesuitas, y la idea de que las escuelas eran incapaces de formar personas para la justicia y la transformación de la sociedad. Sin embargo, el Padre Kolvenbach, durante su largo período como Superior General, claramente reafirmó la importancia de este apostolado dentro del marco general de la misión de la Compañía de Jesús. Así, en Arequipa en 1998 dijo que "hoy sería irresponsable abandonar no solamente el campo de la educación, sino también el de las escuelas. Desde este punto de vista de la misión, la educación y las escuelas continúan siendo un terreno importante para la evangelización. Hay muy pocos lugares en donde haya una interacción tan cercana y constante, durante muchas horas al día y durante tantos años, entre alumnos, padres, profesores y comunidad. Renunciar a la educación significaría abandonar una parte importante de la evangelización y a la "nueva evangelización." (Padre Kolvenbach, *Los desafíos de la educación cristiana a las puertas del tercer milenio*, Arequipa 1998).

El Padre Kolvenbach dedicó atención especial al hecho de la globalización también, como el escenario corriente del trabajo educativo, en la educación secundaria. Destacó las grandes posibilidades que ofrece al desarrollo humano, tanto como los riesgos, que requieren la cuidadosa aplicación del discernimiento crítico, especialmente en regiones del mundo en las cuales prevalece la visión neoliberal de la vida económica. Como el Padre Arrupe antes de él, advirtió contra el uso del criterio clásico de calidad, competencia y eficacia cuando no están guiados y morigerados por el espíritu del cristianismo.

Lo que es importante, de hecho, es asegurar el desarrollo de la totalidad de la persona y de todas las personas; en otras palabras, mirar por el bien de cada uno y no solamente de los privilegiados, de intercambiar saberes y no concentrarlos para el beneficio de unos pocos y la desventaja de muchos, que permanecen más pobres no solamente en los bienes materiales sino también en los del conocimiento. En un mundo en el cual "el conocimiento es poder", debemos recordar la importancia del "saber con" y el "saber para". "En un mundo en el cual el conocimiento degenera en ilimitada competencia, y en el cual el individualismo y falta de solidaridad crean nuevas barreras y formas de exclusión,

debemos reinsertar la idea de conocimiento por el bien de los demás, del conocimiento y el poder como servicio, la solidaridad, y la compasión en el pleno significado de la palabra” (ibid). De igual manera, luchar por la eficiencia y los resultados no debe causarnos el que perdamos de vista las razones y fines de la ciencia, la tecnología, la economía y la vida misma. El Padre Kolvenbach enfatizó que “la eficiencia y los resultados que persigue la escuela católica deben permanecer dentro del marco de la teología y la ética de los medios y los fines, siempre subordinados a la gloria de Dios, que es el bien de la persona humana” (ibid.). Con intuición futurista también habló de la “ecología” que tiene que ocuparse del aire que respiramos en nuestras escuelas, un aire nuevo y puro distinto de la atmósfera contaminada que a menudo nos rodea e invade: individualismo desenfrenado, competencia feroz, falta de solidaridad, materialismo, hedonismo, insensibilidad hacia los demás y su exclusión y marginalización, falta de principios éticos y falta de compasión (ibid.). Encuentro esta teoría sobre una ecología humana general muy interesante, y aparece también hoy en las palabras del Papa Benedicto, quien nos invita a cuidar no solamente el medio ambiente natural en el que vivimos, sino primero y ante todo, el equilibrio de las personas, en sus relaciones con los demás y con Dios. Aquí una vez más vamos en busca del humanismo integral.

En un mundo nuevo de comunicaciones digitales

Volviendo ahora a considerar el estado de la educación en años recientes, notamos que la misión ha estado crecientemente marcada por las nuevas tecnologías comunicativas y por la cultura y mentalidad que ellas han creado y difundido. Esta es la cultura en la que la gente joven ha nacido, crecido y vivido, en la cual nosotros, los educadores, los acompañamos en su caminar. Nuestra intención no es rechazar de manera alguna esa cultura, sino buscar cómo vivir en ella, explotando su potencial positivo y evitando sus riesgos. No necesito, por supuesto, explicarles esto a ustedes, que son bien conscientes de los problemas que tienen que enfrentar cada día con los jóvenes.

Me limitaré entonces a dos puntos que he discutido en varias ocasiones con un buen padre jesuita, un “gurú” de los nuevos medios, un antiguo maestro de escuela, como ustedes, y actualmente director jefe de una revista cultural jesuítica, *La Civiltà Cattolica*, Antonio Spadaro (cfr A. Spadaro, *La espiritualidad de los nuevos bárbaros*, Civ.CAtt., 21.7.2012).

El primer punto es educar a las personas en una relación humana profunda y significativa. La incesante multiplicación de los contactos en internet puede, de hecho, llevar a la ilusión de cultivar muchas amistades. Pero en muchos casos todo lo que cubre es una relación superficial que no termina nunca en un intercambio personal de experiencias de vida, lo único que puede enriquecer a la gente y ayudarla a crecer. Benedicto XVI planteó el problema en su más reciente homilía de Pentecostés. “Es verdad”, dijo, “que hemos incrementado nuestra capacidad de comunicación, de intercambio de información y transmisión de noticias, pero no podemos decir que nuestra capacidad para entendernos unos a otros se haya incrementado; más bien, paradójicamente, ¿no nos entendemos menos?” De igual manera el maravilloso mensaje del Papa para el día de las Comunicaciones Sociales del 2009, se enfocó en el tema “la relación entre los pueblos” en un mundo de comunicaciones digitales. Debemos buscar el movernos de una mera “conexión” o comunicación superficial, a la experiencia de “comunidad”, auténtica amistad, concreta solidaridad. Debe hacerse a los jóvenes conscientes de que el internet, si se usa bien, abre importantes posibilidades de diálogo entre la gente de diferentes países, culturas, religiones y visiones, un espacio en el cual se nutre el entendimiento y la tolerancia. Así, usando el potencial de internet, el aspecto del diálogo que mencionamos

antes como parte esencial de la misión de la Compañía de Jesús hoy, puede quizás llegar a ser una dimensión de nuestra actividad educativa. Y quizás la construcción de una “red real” de amistad entre nuestras escuelas pueda ser una oportunidad para llevar a los jóvenes del nivel de la comunicación digital o virtual al más profundo y completo del encuentro y la interacción humana.

Otro aspecto que nos toca profundamente como educadores es el de formar personas para la *vida interior* en un mundo en el que el continuo (por no decir obsesivo) deambular por internet parece hacer momentos de reflexión, contemplación y silencio interior más escasos, haciendo así cada vez más difícil plantear las preguntas más profundas acerca del significado de la vida. En este contexto puede ser útil reflexionar con mayor cuidado en el aspecto “interactivo” de las comunicaciones modernas en línea. De hecho, no es verdad que la gente esté obligada simplemente a moverse de un punto a otro en el internet, permaneciendo en la superficie, y que no tenga la posibilidad de llegar a involucrarse con mayor profundidad.

Me gustaría plantear dos puntos para nuestra reflexión sobre este tema. Primero, conozco una comunidad de vida consagrada que está tratando de ofrecer recursos en línea disponibles para jóvenes, para ayudarlos a discernir y reflexionar sobre preguntas acerca de sus vidas, sobre la base de experiencias concretas y preguntas que enfrentan cada día, de una manera informal y no “catequética confesional”. Esto presupone que las personas en busca de sí mismas y de Dios se encuentren en internet, y que un diálogo profundo pueda establecerse con ellas. Segundo, la espiritualidad de San Ignacio, que nos enseña en los Ejercicios Espirituales, es altamente “interactiva”, porque nos obliga a involucrarnos personalmente en los episodios de los Evangelios que meditamos, a interactuar y hablar con los personajes evangélicos y a reaccionar ante las actitudes espirituales, con decisiones e intenciones. Habiendo sido educados en esta manera de interactividad espiritual, y no en contemplación pasiva, puede dar origen a una forma de vida espiritual capaz de acompañar y caracterizar la “vida en la web” de los jóvenes hoy. Esto supera la visión negativa según la cual el internauta deba ser definido como alguien que permanece en la superficie y que es incapaz de entrar en la profundidad de las cosas.

Espero que estas consideraciones no parezcan errar el blanco. Están pensadas como una pequeña mirada a un cuadro mayor, que muestra la inquebrantable relación entre los grandes objetivos de los jesuitas, su espiritualidad (discernimiento y búsqueda espiritual guiada por el Evangelio) y nuestro trabajo diario como educadores de jóvenes de nuestro tiempo, en búsqueda de sí mismos y de Dios.

Trabajando juntos en la misión

Finalmente, quiero tocar otro aspecto de la misión de la Compañía de Jesús: el trabajo conjunto, en colaboración, por la misión.

En verdad, no considero que tenga mucho que decir porque es obvio que tenemos que trabajar juntos por la misión. En Radio Vaticana, donde trabajé por veinte años (y que no pertenece a la Compañía de Jesús, pero está confiada a los jesuitas) los jesuitas sumamos cerca de quince en un equipo de 350. En sus escuelas también, pienso, los jesuitas serán una pequeña minoría con respecto al número total de educadores. Por tanto, todos somos conscientes de que nuestras escuelas existen solamente porque todos colaboramos juntos en una misión compartida que los jesuitas no podemos lograr solos. Como lo dice el Padre General Nicolás: la misión de la Compañía es demasiado grande para poder ser llevada adelante con el esfuerzo de solo los jesuitas. También dice: “Hoy

más que nunca, cuando miramos expandirse los horizontes de la misión, debemos – con mayor decisión, más humildad y más alegría – experimentar la colaboración con otros como aspecto fundamental de nuestro modo de obrar”. Y no solamente el Padre General, sino también el cuerpo más autorizado de la Compañía de Jesús, la más reciente Congregación General, solemne y explícitamente expresa la misma convicción: “La tradición ignaciana, cuando es expresada por voces diversas – mujeres y hombres, religiosos y laicos, movimientos e instituciones, comunidades e individuos – se hace más aceptable y más vigorosa, capaz de enriquecer a toda la Iglesia.” (CG 35, D.6,no.23).

Si contemplamos la misión educativa que hemos discutido hasta ahora, su importancia y grandeza, entonces encontramos, así lo creo, que nada en ella es exclusivamente propiedad de los jesuitas, nada hay que no pueda compartirse y vivirse con otros que sientan el llamado.

Los jesuitas pueden ser animadores y custodios de cierto espíritu y de cierta tradición, pero este espíritu y esta tradición pueden ser asumidos por otros que pueden actuar con no menos convicción y pasión.

Esto significa ¡ustedes! Y les agradezco por ello, expresando la esperanza de que serán fieles y entusiastas intérpretes de una gran tradición y vocación educativa, por el bien de la Iglesia y de muchos jóvenes que necesitan orientación cuando buscan el más hermoso significado de la vida, y este es “dar a Dios su mayor gloria”.

Gracias.